



LA HOJA

PARROQUIAL



SANTA MARIA LA REAL DE LA CORTE.—OVIEDO

Página sagrada

.....¿Quién hay entre vosotros, dueño de cien ovejas, que si se le pierde una, no deje las noventa y nueve en la pradera, y vaya a buscar la que se perdió, hasta que la encuentre? En hallándola se la pone sobre los hombros muy gozoso; y apenas llega a su casa, convoca a sus amigos y vecinos diciéndoles: Regocijáos conmigo, porque hallé mi oveja que se había perdido.

(Evangelio de S. Lucas, XV, 1-5)

¡Con cuánta razón se llama al Salvador Dios de bondad! El es quien santifica a los pobres, a los hambrientos, a los que tienen sed de justicia, a los que lloran, a los mansos, a los pacíficos y a los puros de corazón. El es quien derrama lágrimas sobre la tumba del amigo que duerme, lágrimas sobre la patria culpable y amenazada, quien se enternece y gime movido a compasión por las turbas que no tienen pan. ¿Queremos más pruebas de su amor, manifestaciones más espléndidas de su corazón? Leamos el Evangelio de hoy, abramos sus páginas sublimes, que en ellas se encierra un idilio de ternura y de amor.

Jesús es el buen Pastor que, dejando las noventa y nueve ovejas de su aprisco a buen

recaudo, corre desolado en busca de la oveja descarriada y en topando con ella pónela sobre sus hombros y, llegado a casa, convida alborozado a sus amigos y vecinos.

Delicados son los rasgos con que traza el Evangelista la ternura y bondad del Señor, que bajó del cielo para ser pastor de los hombres; pero también ¡cuán viva es la pintura de la oveja descarriada, emblema del pecador extraviado y culpable, que teniendo hastío de los pastos de doctrina y sacramentos, que pecando se aleja de su divino Pastor para vivir sin freno, en vanidades y deleites, expuesto a peligro de condenación eterna!

¡Oh! A la vista de un Dios que no se contenta con llamar al pecador con amorosos silbos sino que lo conduce El mismo al redil como el pastor que trae la oveja perdida; dos afectos deben brotar de nuestra alma.

Uno, de amor por quien tanto nos ama, que por una ovejuela, esto es por mí, hace lo que haría por todo el rebaño. Otro, de confianza en quien tanto se afana por salvarme.

A tanto amor debemos corresponder amando. A tan hermosa solicitud de Dios que con exceso de abnegación, de paciencia y de amor se entregó a la muerte por nosotros, correspondamos con la sumisión y fidelidad de buenos y verdaderos hijos.

CONTROVERSIA

Hemos de ser hijos de nuestro tiempo

Hay una docena de palabras: la ciencia, el progreso, la civilización, el espíritu moderno, las luces del siglo, etc., que constituyen todo el bagaje religioso y filosófico de no pocos de nuestros contemporáneos. Estas palabras son sonoras y huecas como tambores, hacen ruido pero no prueban nada, absolutamente nada.

¡Cuántas veces habéis oído resonar estas palabras atolondradas y vagas: *Hemos de ser hijos de nuestro tiempo!* Examinémoslas. Unos adoran su tiempo, y lo encuentran perfecto: otros lo maldicen, y lo hallan detestable. La verdad está entre estos dos extremos. Vamos a verlo.

I

Hemos de ser hijos de nuestro tiempo. Sí.

Hay que aprobar y alentar lo que tiene de bueno nuestro tiempo. ¿Es que nuestro tiempo tiene algo de bueno? Es innegable. Nuestro tiempo profesa ciertas ideas que se llaman modernas, que no son malas, que son una eflorescencia del Evangelio.

Tales son: la igualdad civil.

La igualdad de todos ante la ley es una idea moderna: es buena, es cristiana. Pero la Iglesia es la que hizo entrar este principio en las costumbres y en la legislación, al proclamarnos a todos hermanos, es decir, iguales por nuestro origen, nuestra naturaleza y nuestro destino, iguales en Adán y en Jesucristo; iguales ante Dios, luego iguales ante la ley.

El acceso de todos a todos

los empleos es una idea moderna: es buena y es cristiana. Pero es también un diamante caído del estuche de la Iglesia. Porque en la Iglesia católica hace ya veinte siglos que todas las dignidades están abiertas a todos los méritos, a todos los talentos, a todas las virtudes. El último de los hijos del pueblo puede ser sacerdote, obispo, cardenal, papa.

Nuestro tiempo proclama

muy alto su simpatía por los que padecen, por los pequeños cuya suerte intelectual, mo-

ral y material desea mejorar: también es esta una idea justa. Pero viene directamente del Evangelio, que no cesa de repetirnos: «Haz a otro lo que quieras que te hicieran a tí. No permitas que tu plato esté lleno cuando el de tu prójimo esté vacío».

Nuestro siglo tiene un vivo

sentimiento de la dignidad humana. El hombre, el más humilde de los hombres, se siente grande, y aun con frecuencia exagera este sentimiento, y le impulsa al orgullo y al menosprecio. Esto es un mal. Pero, en fin, la idea en sí misma, la idea de la dignidad humana no es mala. Es verdaderamente cristiana. A los ojos de la fe, un alma humana vale más que un mundo. El alma de un mendigo, como el alma de un millonario, vale la sangre de Dios.

He ahí, pues, cierto número de ideas que fermentan en el cerebro de nuestro tiempo y que son buenas, pues son un desarrollo del Evangelio.

El cura de San Paterno

oo

La Acción Católica y el problema social

Querido amigo: No quiero que mi imaginación vuele, ni pretendo forjar nada nuevo en este tan discutido y confuso problema. Que existe es innegable. Los autores no aciertan a encerrarlo en los límites de una definición exacta. Parece que no encuentran molde adecuado. Dejemos a los autores, que sus obras no las vimos, te diré remedando al gran Jorge Manrique.

No se requiere ser un lince para poner el dedo en la llaga. Reina en la sociedad un desasosiego y una inquietud que estremece sus mismos cimientos. Háblase de víctimas y verdugos, de oprimidos y opresores, de capital y trabajo. No hay modo humano de armonizar esos dos elementos que se acechan para sorprenderse. El concierto, ya lo entiendes, no puede venir con un trastrueque de valores, de suerte que se cambien las tornas. Ni menos con una estúpida igualdad, que no existe en orden alguno de la vida. Nos reduciría a la triste posición de un rebaño terriblemente uniforme.

Más que el empeño cerril de abajar a todos ha de valer el anhelo reconcentrado de elevar la categoría de todos.

Y como, según un gran doctor, no hemos de exigir a los demás lo que nosotros no hacemos, cada uno debe, tiene que ocupar su puesto en la formación de las conciencias. La Acción Católica tiende a la solución real de este problema angustioso que sofoca añadiendo a la ley de la Justicia la de la Caridad, ya que la primera es insuficiente y la segunda, para ser verdadera, ha de incluir la primera.

Todos a una, como en la obra del clásico, en particular los jóvenes de Acción Católica con infatigable actividad, multiplicándose en el tiempo y en el espacio, para que las Encíclicas del Papa sean algo más que bellísimos documentos pontificios.

Tuyo,

E. G. L.

Seis tesoros de infinito valor

- 1.º Una mamá que no se deja gobernar por los caprichos de sus hijos.
- 2.º Una joven que vista decentemente.
- 3.º Un hombre que lee sólo diarios católicos.
- 4.º Un papá que haga ir a misa, a confesar y comulgar a toda su familia y criados.
- 5.º Un joven que huye de malas compañías.
- 6.º Un propagandista de buenas lecturas.

¿Que para qué sirve?

Había en el pueblo N. dos familias vecinas de muy diversas ideas y sentimientos.

En la una se rezaba todos los días el rosario. En la otra se jugaba, disputaba y maldecía.

—¿Para qué sirve el rosario?—preguntó un día con tono burlón el vecino despreocupado al católico. ¿De qué mal os cura? ¿De peste, de hambre o de guerra?

—De peste, de hambre y de guerra—respondió el buen hombre.

—¿De guerra también?

—Pues, sí, señor; porque mientras nosotros rezamos y vosotros renegáis y reñís y os rompéis la crisma, es cierto que nosotros estamos en paz y vosotros en guerra.

Página festiva

La opinión pública

A la calle salió Juan buscando una ropería, porque cierta pulmonía le gritó: ¡tumba o gabán! «Fácilmente me compongo (decía al ir a la tienda) ...en cuanto vea la prenda, pido, pruebo, pago y pongo». Pronto brotó en lo profundo de su cráneo casi huero una idea, y dijo:—«Quiero consultar con todo el mundo». Halla a su amigo Ramón que, razonando el consejo, dice:—Chico, en tu pellejo yo me compraba un bastón. A pocos pasos de allí oyó:—Compre usted un botijo. Luego otro amigo le dijo:—Cómprame botas a mí. Quién le propuso un tintero, quién le aconsejó un armario; uno dijo:—Diccionario, otro:—un perro ratonero... La opinión pública, en fin, tanto influyó sobre Juan que, en vez de comprar gabán, volvió con un violín. Y exclamaba muy tristón tiritando en el invierno:—¿La opinión pública? ¡Cuerno con la pública opinión!

Carlos Luis de Cuenca.

Nota expansiva

Un individuo fué acometido cierto día por unos desconocidos que le molieron el cuerpo a palos. Llegado que hubo a casa, le preguntó la mujer qué le había pasado.

—Me temo—contestó él— que de todas mis costillas seas tú la única que me queda sana.

